

Inauguración Año Académico DUOC. Conferencia señor Juan de Dios Vial Correa : "Consideraciones sobre la Educación Superior en Chile", Sede Instituto Profesional Duoc, , mayo 8 de 1990.

Mi tema de hoy es el de "Consideraciones sobre la Educación Superior". Pido de antemano disculpas a quienes puedan creer que voy a hacer énfasis sobre asuntos de actualidad, singularmente sobre aquellos que parecen hoy más polémicos en el contexto nacional. Si me refiero ocasionalmente a ellos, será por vía de ejemplo o para ilustrar una idea. Me parece que la inauguración del año académico es un momento adecuado para tomar algo de distancia y mirar nuestro trabajo educativo desde una perspectiva más general.

En el campo de la educación formal se suelen distinguir dos aspectos, que son el de la educación propiamente tal y el de la instrucción. El segundo mira a los contenidos, a las habilidades y destrezas, a las materias que se han de enseñar. El primero se refiere más bien a la formación.

En el campo de la instrucción se responde a la pregunta de qué es lo que el educando debe saber; en el de la educación, se responde a la pregunta de cómo debe llegar a ser ese educando.

La distinción es muy importante, aunque no debemos olvidar que se trata de una distinción de razón, no real. Sería casi imposible encontrar una instancia de instrucción que no tenga una influencia educativa, así como una forma de educación que no imparta alguna instrucción.

Sin embargo, la distinción es útil, aunque no sea más que porque ella trae a luz una serie de problemas que son muy acuciantes en nuestra época en el mundo entero, y también en Chile.

La educación ha tenido siempre en vista algún modelo de hombre, alguna forma de vida idealizada que se intenta perpetuar transmitiéndola a las generaciones más jóvenes.

En nuestro tiempo asistimos a una crisis de credibilidad de los modelos que ayer no más se estimaban válidos por parte de mucha gente. Mi propósito es mostrar que está emergiendo un modelo distinto de formación humana, adecuado a nuestra realidad contemporánea, y quisiera mostrar cómo una institución católica puede cooperar a darle vida a ese modelo, justamente porque la mejor justificación de este se halla en la antropología cristiana.

Quisiera dar primero una mirada histórica muy superficial tal vez, pero que puede servir para ilustrar mi pensamiento. Quiero primero expresar mi acuerdo con la tesis de un distinguido pensador chileno de que "...ya no existe un concepto de razón capaz de comprender simultáneamente la dinámica del desarrollo de los

medios tecnológicos y la aspiración humana hacia una organización de la sociedad que reconozca la libertad y la dignidad de cada persona. La identidad racional entre los objetivos éticos y los tecnoeconómicos se quebró para siempre, cuando el hombre estuvo en condiciones de fabricar los medios necesarios para destruirse a sí mismo y para destruir toda forma de vida en el planeta..."

La identidad racional entre objetivos éticos y tecnoeconómicos fue siempre problemática. Así se puede apreciar en la obra clásica de la educación chilena que es la "Filosofía de la Educación" de Valentín Letelier.

"...la cualidad sobresaliente del sistema científico, cualidad que lo distingue.... de todos los demás sistemas es su propiedad de imponerse a todos los espíritus con la fuerza incontrovertible de la evidencia experimental....no hay más verdad que pueda servir a la comunión universal que la verdad positiva..."

Pero al mismo tiempo "...debo averiguar como se las compone la escuela científica para formar el ser moral del hombre, porque si fallara en este punto aun cuando fuera perfecta en todo lo demás no podría servir de base a la educación general..."

Para rematar diciendo que "...es fácil probar que existe una moral positiva exactamente como existe una astronomía positiva....hay leyes naturales que mantienen el orden moral, análogas a las leyes naturales que mantienen el orden económico....hay orden moral porque existe la sociedad así como hay orden físico porque existe la naturaleza..."

En estos pasajes se advierte fácilmente que el gran educador chileno comprendía que si la ciencia positiva era el principio rector de su sistema educativo, ella debería ser capaz de fundar una moral que fuera también universalmente válida. Se percibe también la duda que le merecía esa posibilidad, y no se puede negar que los argumentos usados para defenderla y justificarla no tenían ni con mucho la solidez de otras partes de su teoría educacional. El hombre en el que pensaba Letelier era un hombre profundamente imbuído del método científico, un heredero de la ilustración y que concede un primado absoluto a la ciencia positiva en la que se mira el nexo de unión entre los hombres no sólo en torno de verdades físicas, sino de verdades morales, por cuanto la verdad científica exige la veracidad del hombre, y sobre el solo cimiento del conocimiento científico se puede edificar todo el conjunto de su vida moral e intelectual.

Ese ideal abstracto de un hombre regido por la razón y ennoblecido por ella, no ha podido concretarse históricamente, y, por el contrario los monstruosos crímenes antihumanos de este siglo han mostrado a las claras que el solo adelanto científico o tecnológico no garantiza nada en materia de claridad o fuerza en lo moral.

Quisiera recordar, como una corta digresión, que ese hombre fiado a la racionalidad científica de la ilustración, que era bien definido como idea, aunque no tan preciso como imagen y figura, ocupaba el sitio dejado por modelos

educativos más concretos que animaron otras épocas de la historia de Occidente, y que, de modo más o menos fragmentario, no han perdido toda validez. Una mirada sobre algunos de estos modelos antiguos nos puede ilustrar sobre el sentido de la educación en la historia y sobre la peculiar posición del hombre contemporáneo. Me detengo brevemente sobre dos de ellos, el romano arcaico y el griego.

Para el pueblo romano, la educación era primitivamente, la formación del hombre, a ejemplo, a imagen, de los mayores. Y porque la presencia de los mayores es la presencia de los que mandan y juzgan, y porque la tierra de los padres es la patria, la educación miraba como modelo al hombre austero, dueño de sí mismo, grave, que ejerce hasta el heroísmo sus virtudes, que no sacrifica la regla moral ante ninguna conveniencia personal ni colectiva, que abdica de todo - a excepción de la integridad moral - al servicio de la ciudad. Régulo que vuelve a Cartago para morir, resume la imagen modelo de la educación romana primitiva.;

Para los griegos, el modelo de formación son los héroes, tales cuales los presentan los poemas homéricos, que son al fin y al cabo uno de los libros educativos que más larga influencia han ejercido en la humanidad, sirviendo a la formación de generaciones por espacio de un milenio. Pero los héroes son distintos de los "padres romani". El más grande de ellos, Aquiles, abandona a sus camaradas por despecho, al verse privado de una mujer, y vuelve a la lucha, no movido por un sentido del deber o de la conservación del ejército o de la ciudad, sino de cólera por la muerte de su amigo a manos de Héctor. El héroe griego es grandioso, está más allá de los preceptos morales, como ocurre con el astuto Ulises. Su contemplación insufla en el alma de los educandos el amor de lo grande, el deseo de imitación de lo bello, y una suerte de magnífica y desafiante arbitrariedad.

Tal vez la mención de estos dos casos ilustre de modo un poco más preciso lo que quiero decir al hablar de modelo educativo, y explique por qué pienso que el ideal de un hombre fundado en la ciencia e iluminado por ella, respondía a una necesidad sentida desde siempre en nuestro universo cultural: la de delinear una idea del hombre para formar al hombre conforme a ella.

Lo que no era tal vez aparente para Valentín Letelier, era que sus ideas habían recibido ya un golpe fortísimo por la crítica de Nietzsche.

."....la fe en la ciencia supone y afirma un mundo diferente al de la naturaleza, la vida y la historia, y en la medida en que afirma a ese mundo....¿no debe acaso negar...este mundo...nuestro mundo?....(Gaya Ciencia, n 90)

"EL criterio de Verdad se encuentra en el incremento del sentimiento de poder"  
(WzM 251)

"Aquel que determina valores, y orienta el querer de milenios.....ese es el hombre más alto...."(WzM460)

"...sólo los individuos aislados se sienten responsables. Las muchedumbres se inventaron para hacer aquellas cosas que los individuos aislados no se atreven a hacer ...."(WzM 326)

Estas cuatro citas ilustran una concepción radicalmente distinta de la del positivismo. El hombre busca necesariamente el mayor poder del que pueda disponer. El mayor poder imaginable, no es una fuerza trivial, una coerción física de los otros hombres, sino la transmisión a ellos de los valores que regirán sus vidas. Y los seres humanos individuales son demasiado débiles o demasiado cobardes para llevar a cabo esa implantación de nuevos valores. Quienes tienen esa fuerza de imposición son las grandes multitudes que se han inventado precisamente para hacer lo que los hombres aislados no se atreven a hacer.

Lo importante de esta concepción es que ella es un anticipo casi profético de tendencias hoy día universales. Asuntos morales e intelectuales de primera magnitud se resuelven por el asentimiento de las grandes masas humanas, y quienes controlan, o creen controlar ese asentimiento por medio de la propaganda, la comunicación masiva, la difusión sistemática de sus ideas, son los que dirigen a esas grandes multitudes, que imponen los valores y crean la conformidad de la aceptación. Pensemos por un momento lo que ha ocurrido con la difusión de prácticas que ayer no más parecían monstruosas, como el aborto, o lo que ocurre con la justificación de corrupciones morales que no parecían aceptables bajo ninguna circunstancia. Esa especie de superhombre que son las multitudes, crea valores, los impone, y luego margina a los que no comulgan con ellos. La ciencia, la verdad que ella busca, la veracidad que ella exige, destronadas por Nietzsche y transformadas en servidores de estos valores de nueva creación, son más bien instrumentos de la voluntad de poder que medios de la liberación humana.

Por otra parte, eso es lo que el propio Nietzsche vió con trágica claridad: "Lo que yo relato, es la historia de los dos siglos que vienen. Describo lo que viene, lo que no puede dejar de venir: el surgimiento del nihilismo...." (WzM 1)

Este mundo de valores creados e impuestos, ha mostrado ser un mundo incomunicado, dividido en compartimentos estancos. Y su mejor perspectiva parece ser la delineada por Fujiyama en un artículo reciente y ya famoso, que anuncia un irremediable hastío, un vasto conformismo que es como un remedo de la paz, como una especie de monstruo apocalíptico ante el cual se inclinan los hombres, que en las palabras de Manuel de Lacunza "...adoran a la bestia por el bien de la paz..."

Y da la fuerte impresión de que un problema central de la educación contemporánea es que se ha perdido el modelo, que no hay un modelo, de validez fundamentada y segura ni de universal aceptación. Como es lógico, el vacío que esa falta deja, tiene que llenarse, y se llena de hecho con atisbos parciales, y sobre todo con mucha técnica, con mucha técnica pedagógica. Tal

vez nunca en la historia estuvieron los hombres tan provistos de medios y métodos para enseñar, y tan inseguros sobre qué es lo que deberían enseñar.

Pero la dolorosa experiencia humana de este siglo, y las perspectivas del que viene, parecen exigirnos un intento de definir un ideal educativo. ¿Qué clase de hombre queremos educar? No pretendo desarrollar aquí una contribución completa, ni siquiera especialmente importante, a este tema central. Pero quisiera anotar algunos aspectos que no deberían faltar.

- Creo que estamos dejando la época del "homo faber", el hombre que fabrica, que cambia, que modela o modifica al mundo, para pasar a una época en que el hombre se siente responsable por el mundo. Fenómenos tales como el "efecto invernadero" que está trayendo alteraciones climáticas de enorme magnitud debidas a la industrialización; el "agujero" en la capa de ozono; la catástrofe de Chernobyl; la degradación generalizada del medio ambiente, están trayendo a la conciencia pública que no sólo las armas nucleares con su espantoso e intencionado poder de destrucción, sino también muchísimas acciones cotidianas del hombre común, traen consigo efectos indeseados y muy graves, y que la condición de la supervivencia del hombre es que éste se haga responsable, sienta el peso de la responsabilidad por la obra transformadora de la naturaleza que él emprende, gracias a la ciencia o a la técnica. Somos responsables del mundo en que vivimos. Y eso es una carga nueva y una noción nueva que preside al desarrollo cultural y científico del mundo en esta era. Hay algo del "homo conservator" que emerge en vez del "homo faber". Lo que exige un primado de la moral en la educación.

- El crecimiento de la población mundial y el aumento de su densidad y de los medios de comunicación, crea el imperativo creciente de configurar las relaciones humanas sobre la base de la solidaridad. El hombre de mañana será solidario, o no será. Habrá aprendido a compartir, a ayudar, a sentir la comunidad de destino con sus hermanos, a participar con ellos de la destinación común de todos los bienes de la tierra, incluídos por cierto los que genera por su inteligencia, o habrá perecido en el conflicto.

- La más importante de las libertades que es la libertad de conciencia y de culto - cuya trascendencia social nos ha sido mostrada de modo notable por los sucesos recientes en la Europa Oriental - así como otras libertades y derechos del hombre, plantean la necesidad imprescindible de convivir entre hombres de muy diversas convicciones. Este imperativo se percibe en el orden de la cultura aun antes que en el de las realizaciones prácticas. Las discriminaciones religiosas, raciales, ideológicas, sociales, no se pueden borrar por decreto: sólo se pueden extirpar por la educación. Y ellas plantean problemas sociales muy agudos, desde el momento en que las diferencias en el plano teórico se reflejan en diferencias y aun incompatibilidades en el plano práctico, y que lo que para un grupo humano es un crimen, puede aparecer para otro como una forma de liberación colectiva y personal. Esta convivencia en una sociedad pluralista, sin abdicación de los

principios, y sin consentimiento en lo que repugna a la conciencia, demanda actitudes nuevas y una nueva concepción de la tolerancia, que está tan alejada de la indiferencia como lo está de la intransigencia.

- Los trágicos horrores de este siglo han sensibilizado al hombre a esta realidad central de que cada creatura humana constituye una irreductible unidad, depositaria de derechos inalienables, sujeta a deberes inexcusables. El hombre no puede ser ya visto como una parte de un proceso, como un representante de una clase o de un grupo. Su irreductible unicidad, adquiere un valor que se impone como una evidencia. El descubrimiento de la persona humana, un momento opacado por el del ser genérico del hombre, ha recobrado toda su importancia. No pensar al hombre como persona es ignorarlo del todo. La persona humana es trascendente, aunque no sea sino en el sentido de que es a partir de ella que se explica y entiende el conjunto del mundo en que vivimos y sobre el cual pensamos y actuamos.

Los cristianos no podemos ignorar ni callar el hecho de que estas aspiraciones incontenibles de la cultura humana, encuentran una justificación sólida y profunda en la enseñanza de Jesucristo transmitida y explicada por la Iglesia. Es por eso que tenemos que proponer estos valores y esforzarnos por ellos.

Para nosotros los cristianos, estos "descubrimientos" de la humanidad contemporánea, son como una manifestación de que, aun a la pura razón natural, se le van revelando, en palabras de San Pablo "...lo invisible de Dios y su poder..." Estos descubrimientos de la experiencia humana apuntan en el mismo sentido que la revelación : el primado de lo moral, y el encargo recibido por la criatura humana de parte de Dios de "...conservar y guardar la creación..."; la necesidad de una cultura de la solidaridad; la convivencia pacífica y el respeto a los derechos ajenos; el valor "trascendente" de la persona humana, son "adquisiciones culturales" que coinciden misteriosamente con la realidad del evangelio. No es entonces raro que sintamos que a través de ellas, el hombre se puede desarrollar con una plenitud mayor: pero lo que es más importante, es que el evangelio les da a esas proposiciones un fundamento, una razón de ser, que es independiente del carácter socialmente ventajoso que ellas puedan tener. Y eso es natural: el entendimiento humano, la recta razón, la que Tertuliano llamaba "anima naturaliter christiana", se aproxima a la revelación divina, y encuentra en ella su fundamento, su confirmación, su elevación a un orden superior: el hombre que descubre esas verdades y que trata de vivir conforme a ellas, está orientando su vida según la trascendente intención de Dios sobre la Creación, manifestada en la revelación de Jesucristo. El hombre sigue siendo como un misterio insondable, pero en la contemplación del misterio del Verbo se empieza a aclarar ese misterio . En las palabras del Concilio Vaticano II: "...sólo en el misterio del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre..."

La contribución más decisiva que hace el cristianismo a la vida de una sociedad plural en nuestro tiempo, es que muestra que aquellos descubrimientos fundamentales sin los cuales el hombre no cree poder seguir viviendo, tienen un

valor objetivo y real, no son simples ilusiones surgidas de la necesidad de vivir, sino que vienen desde una visión profunda y auténtica de la creación de Dios.

Quid est autem homo. Qué es pues el hombre. Esa es la pregunta del Concilio. Y la respuesta que una vez más nos da el decurso de los acontecimientos históricos, es que una imagen digna del hombre se encuentra en la dirección que señala el Evangelio. Y es por eso que nos parece que la enseñanza religiosa es una parte central de la educación, simplemente porque ella contiene una propuesta de tal modo necesaria a los hombres de nuestro tiempo, que no nos es lícito negársela.

-Estos elementos formativos que he esbozado, tienen igual validez para cualquiera de los niveles o ramas del estudio formal. La educación en el sentido de la incorporación de imágenes ejemplares, de conceptos rectores, de criterios básicos de valoración, de definición de lo propiamente humano del hombre, es un elemento esencial para llegar a establecer una unidad cultural, un reconocimiento colectivo de lo que es propio del hombre en un sitio, en una época, en un país. Ella trasciende e informa a todos los niveles y modos de educación formal. De hecho, hoy día se advierte que la falta de una dirección fundada, de un ideal educativo definido, conduce, ya sea a una suerte de disgregación en grupos culturales incomunicados, ya sea a una especie de homogenización cultural en torno de valores mínimos que aseguran la mera convivencia física.

\*\*\*\*\*

Volviéndonos ahora a la instrucción, es evidente que ella debe ser mirada en la perspectiva del siglo que llega, del milenio que empieza, de modo de capacitar adecuadamente al hombre para hacer frente a las exigencias de un futuro cuyos rasgos no podemos predecir.

Muchos niños de los que empiezan hoy su educación formal, serán todavía estudiantes en el año 2000. En esa época, y más tarde, cuando empiece su vida profesional, y aun después, cuando ella esté en su punto más alto ¿cuáles serán las destrezas, las habilidades, los conocimientos que le serán exigibles? Es obvio que nadie se atrevería hoy a dar una respuesta. He contado muchas veces la instructiva anécdota de la Exposición Universal de New York, por allá por 1939, en la que se decidió hacer una lista de las ciencias y técnicas que serían decisivas en la vida humana en los próximos cincuenta años, o sea en este momento que estamos viviendo nosotros. La lista comprendía algunos de los inventos que efectivamente han llegado a ser altamente significativos, como es el caso de la televisión, p.ej., pero ni mencionaba a los computadores ni a la biotecnología. Podemos prever que la fantasía humana seguirá promoviendo cambios tecnológicos, científicos, culturales. Pero no nos atreveríamos a decir cuáles van a ser esos cambios, qué dirección van a tomar. Tenemos la sensación de que ellos

no se van a inscribir dentro de un ordenado proceso evolutivo sino que van a estar cargados de sorpresas.

La instrucción debe preparar al hombre para una evolución en medio de la sorpresa. Y eso se podrá alcanzar en la medida en que la instrucción, sea profunda y esté fundamentada en aquellas disciplinas cuyo contenido y concepción tienen un grado mayor de permanencia; y en la medida en que ella alimente la capacidad y la voluntad de renovar conocimientos en forma permanente.

Sería un error creer que esto se aplica sólo a los conocimientos científico-técnicos. Hemos asistido en este tiempo a cambios profundos en los paradigmas científicos, a cambios en la imagen del mundo, que han tenido la propiedad de coger a muchos hombres de sorpresa, y desvirtuar sus vidas porque ellos no estaban adecuadamente preparados, de modo que cuando las bases de sus conocimientos se vieron amagadas, ellos no supieron asumir estos cambios de modo positivo.

La educación superior debe abarcar entonces todo un espectro muy amplio de posibilidades educacionales que cubren los campos propiamente universitario, profesional y técnico, que deben estar marcados todos ellos por un espíritu de rigor en el abordaje de los problemas y de innovación e iniciativa para hacerles frente a los cambios.

Pero esta instrucción para el cambio, debe ser también una instrucción que acompañe al cambio. No hay posibilidad alguna de que una educación superior completada en los años de juventud sirva para toda la vida. Ella puede aportar una base educativa de gran solidez y permanencia; ella puede comportar una instrucción profesional y una formación intelectual que sean capaces de absorber y asumir un mundo en cambios y en sorpresas. Pero lo que no puede lograr es prever los cambios importantes que van a hacerse presentes durante toda la vida. Esto sólo se puede lograr si la educación continuada se instala como una realidad social de vasta envergadura.

La educación continuada sirve varios propósitos:

-la puesta al día, de modo que el educando se mantenga apto dentro del terreno de sus preferencias o intereses por medio de la actualización de conocimientos o de técnicas;

-la incorporación del hombre o de la mujer a nuevos ámbitos de la cultura, de modo que el sistema de educación sea flexible y permita a los miembros de la sociedad superar el encasillamiento o limitación al que puede haberlos llevado el curso de su proceso educativo;

-la igualación de oportunidades educacionales. Este es un aspecto especialmente importante en un país de población joven y que sufre de profundas desigualdades en el nivel de formación de sus miembros activos. Es obvio que está lejos el día



en el que podamos asegurarles a todos los chilenos un nivel parejo de instrucción fundamental. En cambio, es mucho lo que se puede hacer dándoles a los adultos la posibilidad de remediar a sus eventuales fallas de instrucción, por medio de sistemas de educación continuada que sean compatibles con la actividad laboral.

Esa complejidad real del problema educacional superior explica por qué una institución como la Universidad Católica ha ido cubriendo una multitud de aspectos a primera vista muy diversos, y cuya aparente heterogeneidad no hace sino subrayar la complejidad que dentro de su unidad fundamental caracteriza a la educación hoy día.

\*\*\*\*\*

Dentro de las múltiples iniciativas educacionales nacidas de la Universidad Católica, se destaca esta de la fundación DUOC, que sirve a una área particularmente importante de la enseñanza. Quisiera en primer lugar destacar el hecho de que la Universidad en cuyo seno nació la Fundación DUOC ha estimado indispensable dotarla de una amplia autonomía, para que pueda hacerle frente de modo creativo a los desafíos de su campo específico. Esta actitud es concorde con la idea de que la descentralización del manejo y las decisiones, es un elemento crucial en el buen éxito de una obra educacional compleja.

Hoy día contamos aquí con:

- un Instituto Profesional con unos 3500 alumnos y que imparte las carreras de Ingeniería de Ejecución en Computación, Ingeniería de Ejecución en Administración de Empresas; Auditoría; Publicidad; Relaciones Públicas; Diseño con varias menciones; todas ellas carreras de cuatro años de estudio;

- un Instituto Técnico-Profesional, con carreras de dos años en las mismas áreas, y que atiende a unos 3400 alumnos;

- un Centro de Formación Técnica, con carreras de dos años, de Técnico Forestal, Técnico en Acuicultura, en Turismo, en Secretariado Ejecutivo y en Asistencia de Párvulos, con un total de 2500 alumnos;

- un área de educación de adultos, ordenada fundamentalmente a la regularización de estudios, la que entre estudios básicos, medios y de regularización para fines laborales, alcanza a unos 4800 alumnos, y que funciona dentro de un convenio con el Ministerio de Educación, habiendo llevado hasta el presente a unos diez mil alumnos a la regularización de sus estudios.

- un liceo técnico, iniciativa puesta en marcha desde este año que persigue ofrecer educación al nivel de la enseñanza media, juntamente con el aprendizaje de un oficio que permita acceder en condiciones ventajosas al mundo laboral a la edad aproximada de dieciocho años, y que comprende especialidades en Electrónica, Mecánica de Combustión Interna, Secretariado Administrativo, Procesos Industriales Computarizados. El liceo cuenta actualmente con unos 400

alumnos, pero en estado de régimen albergará 1500. Dicho esfuerzo fue posible gracias a la colaboración de la Fundación ACTEC, Fundación Andes, y I. Municipalidad de Renca, y beneficiará directamente a alumnos de nivel socio-económico bajo.

He querido ofrecer estos detalles para ilustrar que la Universidad no ha abdicado jamás de sus propósitos fundacionales de servir la educación técnica ni tampoco de su decisión de beneficiar con la educación a personas de muy diversa condición socio-económica, incluso del área de franca pobreza. Ha querido hacerlo con realismo y eficiencia, de modo que no se confundan los diversos niveles y ramas de la educación, no se desvirtúen los objetivos y características propias de cada uno, y no se sumerja su acción bajo un centralismo uniformador y esterilizador. El buen éxito de la Fundación DUOC, es un testimonio del acierto en la aplicación de principios sanos de manejo de una gran organización, y responde de modo original al deseo de nuestros fundadores.

Cuando hace algunos años se tomó la iniciativa de crear una Fundación con la correspondiente personalidad jurídica para la obra del DUOC, no faltaron naturalmente quienes no comprendieron el sentido de esta decisión y pensaron que era una manera que tenía la Universidad de desligarse de un área de sus responsabilidades y de disminuir su diversificación a beneficio de una actividad científica más sofisticada, lo que tantas veces se oye, de encerrarse en su "torre de marfil". Hoy vemos el recto sentido de aquella obra descentralizadora. Ella no buscaba atrofiar, sino dar oportunidades de desarrollo auténticas a las partes diferentes del gran organismo educacional que se había constituido. La diferenciación, la especialización según actividades, son las condiciones de un desarrollo armónico, son los procesos que distinguen el desarrollo de un miembro normal del de un tumor. Hoy, al ver lo que aquí se ha hecho, lo que se está haciendo, y su inmensa proyección hacia el futuro, podemos afirmar que la decisión fue correcta.

La obra propiamente educativa de una institución de educación superior como la Universidad Católica es enorme y muy compleja. Piénsese en aspectos tan importantes como son la actividad deportiva a través del Club Deportivo que alcanza a millares de niños, jóvenes y adultos; piénsese en la obra cultural masiva de su Corporación de Televisión, y también dentro de ella en la importantísima labor educacional de TELEDUC, acción destinada a la educación continuada y a la nivelación de oportunidades educacionales en el país; piénsese en la obra de las Fundaciones de Vida Rural al servicio de la juventud campesina; piénsese en el Hogar Catequístico al servicio directo de la Palabra de Dios dirigida a los niños; piénsese en esta Fundación DUOC; piénsese en las Sedes Regionales que extienden la obra de educación superior a otras regiones del país. En todas estas creaciones quisiéramos poner el mismo acento de descentralización, de flexibilización e iniciativa, al servicio de un ideal común. La experiencia muestra que a veces no es fácil alcanzar esas metas organizacionales de descentralización, porque los hombres prefieren una seguridad engañosa al riesgo aparente de la aventura. Pero nosotros creemos firmemente que ese es el camino, cualesquiera que sean las dificultades que se puedan presentar en él.

\*\*\*\*\*

Para terminar, quisiera recalcar que esta Fundación es parte de un gran esfuerzo educacional diversificado y fecundo, que quisiera, en las diversas ramas y niveles de la educación superior:

- 1) aportar a la sociedad un ideal formativo y educacional inspirado en la revelación de Jesucristo, y plasmado en una obra que sea profundamente fiel a la Iglesia;
- 2) aportar a la sociedad formas de instrucción que estén acordes con el desafío intelectual, científico, técnico y profesional del tiempo que vivimos;
- 3) darle a toda esta obra una organización flexible y eficaz, en la que la creatividad de las personas y los grupos no se vea indebidamente interferida por el peso de una organización central hipertrofiada.

\*\*\*\*\*

Ese esfuerzo educacional confiesa humilde pero francamente su origen, que se encuentra en el mandato del Señor: "Id y enseñad a todas las gentes". Ese mandato no es sólo una indicación para un camino, no muestra sólo una meta. Es también la fuerza que permite caminar. Sabemos que son muchas nuestras insuficiencias y debilidades que nos impiden hacerlo verdad en toda su magnificencia y su esplendor. Pero nada podría arrancar de nuestra institución el deseo de ser profundamente fiel a esa intención de Dios sobre la creación manifestada en su Palabra revelada. Queremos que ese, y ningún otro, sea el sentido de nuestra obra.